

LA TROMPETA



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orihuela 1.º de Julio de 1884.

Número 29.

ADVERTENCIA

Rogamos á nuestras suscritores no nos remitan sellos de franqueo sin certificar. Preferible es que hagan sus pagos en libranzas del giro mútuo. Tenemos motivos para hacer esta advertencia.

LA TROMPETA DE BLAS.

- Mi amo.
—¿Qué quieres, Blas?
—Vengo á que me preste usted unos cuartos.
—Pues muy mal venido.
—Es que son para una industria.
—Eso es otra cosa. ¿Tratas de arrendar las basuras de algun ayuntamiento?
—Nada de eso. Trato de fundar un periódico.
—¡Ave Maria Purísima!
—No se asuste usted, mi amo, que de menos los hizo Dios.
—El diablo querrás decir. Pero por más poder que tenga ese caballero, no le creo capaz de convertir en periodista á un asno como tú.
—Debo advertir á usted que desde la última vez que hablamos me he ilustrado muchísimo; sobre todo en *el arte* de hacer periódicos para ganar dinero.
—¡Hola, hola! ¡con que tambien hay ya arte para eso!
—¡Pues no ha de haberlo! Usted vive en Bahía, mi amo; y es aun de los que creen que para ser periodista, se necesita indispensablemente mucha instruccion, profundo amor á la verdad, sentimientos nobles y generosos, etc. etc.
—Y ¡sigo creyéndolo!
—Pues hace usted mal, porque ya no hay nada de eso. Eso es muy antiguo. Para ser periodista, es decir, para hacer negocio como periodista, no se necesitan tantos requilorios; basta como he dicho á usted, conocer bien *el arte de...*
—Dale con *el arte*. Hombre, explicamé ya lo que es ese arte.
—Pues cosa muy sencilla. Figúrese usted que yo fundo mi periódico. Mi periódico se llamará «La Trompeta.»
—¿Del juicio?
—No señor: nada de juicio. No hay cosa que más estorbe para el objeto. Mi periódico se llamará á secas «La Trompeta». Es decir, cosa de ruido, porque ya habrá usted observado que la fortuna periodística siempre crece en proporcion del ruido.
—Querrás decir del escándalo.
—Es igual. Y por eso habrá usted observado tambien la tendencia que hay á los titulos altisonantes y levantiscos como verbo y gracia «El Motin», «El Clarin», «El Combate», «La Revolucion», «El Grito», «La Lucha», «El Cencerro».

- No tienes tú mal cencerro.
—Luego viene la parte más difícil, que es la de alimentar el periódico.
—¿Pues que es algun perro?
—Como si lo fuera. El periódico ha de vivir, y para vivir tiene que alimentarse.
—Bien. Se alimentará como toda obra literaria, de la verdad, la justicia, la belleza...
—Cá; no señor. Esos alimentos hacen ya menos efecto que el caldo de olivas. Vaya usted en su periódico á no decir más que verdades; póngase todos los dias á ensalzar la virtud y combatir el vicio; métase V. á desvanecer errores yendo contra la corriente de las preocupaciones, de los intereses y de los gustos del mayor número y en cuatro meses se le muere á V. tísico el papel.
—Pues entonces ¿de qué vas á alimentar el periódico?
—Ni cosa más fácil. De las cuatro comidas cardinales con que hoy los alimentan los periodistas que la entienden y son *buñuelos de libertad*, picardias en salsa, noticias de sensacion y carne de cura.
—¡Qué tonterías dices, Blas!
—Nada; lo que V. oye. Ese es el verdadero alimento de los periódicos, ó mejor dicho, el que ellos dan todos los dias á sus suscritores para que estos los alimenten con su dinero.
—Estoy viendo Blas que eres un Sancho Panza de la peor especie.
—No hay Panzas que valgan, mi amo. Estudie V. los cuatro alimentos que le he dicho y verá V. si tienen meollo. Empiece V. por la salsa picante.
—¡Te dejas los buñuelos!
—No; es que como llevan azúcar los reservo para postres.
—Pues digo, mi amo, que la tal salsa, es de lo mejor que se conoce. ¡Si viera V. cómo abre el apetito del suscriptor... y al mismo tiempo cómo le abre el bolsillo!
—Pero eso es un infame tráfico que desmoraliza al pueblo; á ese pueblo inocente que lee lo que le dan.
—Psch, le diré á V.: es cierto que le calienta un poquillo los cascotes, pero vamos, luego se le dá el otro plato de *noticias fuertes* para distraerlo y el mal efecto se neutraliza.
—Eso es como si dijéramos: primero le dais rejalgas, y despues, para neutralizar el efecto, le dais estrignina.
—¡Ah, mi amo! Si viera V. qué buen resultado dan las noticias de impresion, las de asesinatos, robos, envenenamientos, violaciones, estupros, raptos y demás tragedias. ¡Ah! es una gloria el dinero que se gana. Díganlo sino «Los Sucesos», «Las Ocurrencias», etc. Por supuesto, siempre procuramos adornarlos con viñetas llamativas. Aquí es un hombre que persigue á una mujer. Allí una mujer perseguida por un hombre. Luego otro hombre que...
—¿Que persigue á otra mujer?

—No señor; que se come crudo á su padre. Y un padre que se merienda á su hijo, y un hijo que envenena á su abuelo, y un abuelo que degüella á su nieto, y un nieto que...

—Basta, Blas, basta. Te parece á tí que gana mucho el pueblo con ese plato de sangre que se le propina cada día. ¿Te parece que eso no rebaja los sentimientos y endurece el corazón?

—Si señor; pero también produce.

—Es decir, que vosotros no buscáis más que el producto. ¡Ah villanos!

—Si se incomoda V. no sigo.

—No; continúa, quiero saberlo todo.

—Pues vamos, como decía á V. luego viene el otro plato; el gran plato de la comida; la carne de cura. Desde que el mundo es mundo no se ha inventado otro más succulento para engordar periódicos. Si digo á V. que hoy están viviendo de él la mayor parte de los escritores de cierta calaña, no le miento. ¡Qué filon, mi amo, que filon! ¡Qué manera de dar plata! En ascuas estoy de ver que no he fundado ya «La Trompeta».

—Pero.. ¿qué te han hecho á tí los pobres eclesiásticos?

—A mi nada.

—Pues entonces ¿por qué esa saña?

—Si yo no tengo ninguna saña, lo que tengo es apetito.

—Pero ¡hombre, eso es inicuo! y además ¿no teneis otras clases á quienes morder? ¿No hay abogados, médicos, farmacéuticos, comerciantes?..

—Si señor, pero tienen la carne muy magra, y deja poco jugo.

—Vamos, ya entiendo. Vosotros buscáis la clase social que, por su ministerio, tiene que luchar contra las malas pasiones de los hombres, y decís: «Estos que por deber tienen que ponerse enfrente de los que obran mal; éstos que tienen que predicar al pueblo la austeridad de costumbres, el respeto á la moral y á las leyes, la represión de los vicios, la práctica de las virtudes, estos necesariamente deben tener más enemigos: pues bien, hagámosles la guerra, burlemonos de ellos, escarnezcámosles, y claro está que tendremos de nuestra parte, no solamente á todos los tunantes de la tierra que los aborrecen por instinto como el raton al gato y el ladrón al alguacil, sino á muchos de los que creyéndose muy hombres de bien porque no roban ni matan, no pueden oír sin embargo una verdad que les escueza, sin comerse vivo al que la dice. Más claro. Que vosotros, los que alimentáis vuestras trompetas con las calumnias que cada día dirigís al clero, no sois más que unos mercaderes que comerciáis con las pasiones del pueblo y que pasáis la vida haciéndole cosquillas donde más le gusta para sacarle los cuartos. Y ¿sois vosotros los que habláis de hipocresía? ¡Ah farsantes!..

—Hasta luego, mi amo, tengo que hacer un poco.

—¡Cál!; no te vas sin explicarme lo de los buñuelos

—Es que... es que...

—Si, vamos, que te se ha estropeado la Trompeta. Pues arrégla la y toca con ella lo que quieras; pero no olvides que mientras tu toques, no faltará quien cante:..

A vosotros, *trompeteros*
los que con habilidad
os dedicáis al oficio
de engañar á los demás.
Escuchad estos versículos
que, aunque pergeñados mal,
os van á decir muy clara
la purísima verdad.
Abogados sin clientes,
boticarios sin un real,
médicos sin un enfermo
á quien poder *despachar*,
estudiantones de sopa,
lepras de universidad,
aspirantes á farsantes
de política local,
fuisteis todos al principio,
poco menos poco más.
Pero dijisteis un día:
señores esto va mal;
es preciso encender fuego,
se hace preciso guisar,
sin comer nadie se pasa,
nadie vive sin cenar.
¿Que haremos? ¿qué inventaremos?
¡Magnífica idea! ¡Ah!
Vamos á fundar periódicos
Dominicales que, allá
los sábados por la noche,
cayendo sobre el jornal
de los pobretes obreros

que piensan en trabajar,
les digan en voz muy hueca:
Caballeros, basta ya
de sufrir tanta penuria,
y de vivir con afán.
Sois unos tontos de á folio
con ir á ganar el pan
con el sudor de la frente
como nuestro padre Adán.
El mundo marcha, sois libres
sois fuertes y sois *los más*;
guerra á todo el cometa
la terrible iniquidad
de poseer cuatro cuartos
más que vosotros, tronad;
contra todos los gobiernos,
contra toda autoridad,
contra grandes, contra chicos
contra Pedro, contra Juan,
contra todo el que se oponga
de una manera formal
á que hagáis completamente
vuestra santa voluntad.»
Tal pensasteis, *trompeteros*,
y ciertamente que el plan
os salió á pedir de boca;
pues teneis ya un centenar
de trompetas de papel
que os rinden un dineral.
Verdad que los trompetazos
los viene siempre á pagar
el pobre pueblo engañado
que incauto llega á escuchar
vuestras villanas mentiras;
y que luego por allá,
por Jerez, los infelices
son ahorcados pero... ¡bah!
quien se para en pequeñeces
al tratarse de *L'archant*.
La verdad es muy amarga
segun afirma el refran;
pues... á revende embustes
y así ganaremos más.
Ahí está todo el secreto
de vuestra industria infernal.
Se os conoce caballeros
mercaderes, voto á tal,
y por más que hagáis el oso
hablando en tono formal
de lo que quereis al pueblo,
todo el mundo sabe ya
que lo que buscáis tan solo
con tanto *trompetear*,
el uno, es hacer dinero,
el otro, escamotear
algun puesto en la política
que le permita chupar,
el de acá ser diputado,
y tener nombre el de allá.
Total, hacer el negocio
á costa de los demás.
Por eso adulais al pueblo,
y en lugar de aconsejar
que practique las virtudes
para que llegue á alcanzar
la *libertad* verdadera
que es fruto del bien obrar
y que engendra en las naciones
la paz y prosperidad:
le habláis siempre de motines,
de rebeliones, de izar
esta ó la otra bandera
y no le dejáis parar;
mientras que por otro lado,
y por via de solaz,
le seguís envenenando
con vuestra pluma infernal,
en poesías y en novelas,
libros y dramas que van
corrompiendo sus costumbres
á fuerza de respirar
la atmósfera pestilente
que le llega á rodear.
Bien claro puede explicarse

acabando de estudiar
 vuestra conducta y sistema
 esa hidrofobia fatal
 con que perseguís al clero.
 Y hasta se puede sacar,
 siendo vosotros quien sois,
 la consecuencia cabal
 de que debe ser *muy bueno*
 cuando le quereis *tan mal*.
 Con que pueblo, abre los ojos
 y que no te engañen más
 esos *trompeteros* tipos
 que se han propuesto esplotar
 tus pasiones, tu inocencia,
 tu paciencia y *tu jornal*.
 Si quieren ganar dinero
 que se pongan á cavar
 patatas ó berengenas
 que para el caso es igual.
 Tú entre tanto huye del vicio,
 cumple la ley paternal
 de Aquel que murió en la cruz
 por salvar la humanidad;
 y cuando alguno te venga
 queriéndote predicar
 con papeluchos vistosos
 la música celestial
 de esta ó la otra doctrina,
 ó partido ó sociedad
 para llegar á ser *libre*
 y *feliz*, vuélvele el t...,
 di que no quieres *buñuelos*
 y que vaya á pasear.

000.

¿QUÉ COSA ES EL CIELO?

¿Qué es ese cielo ó paraíso á donde ascienden todas nuestras aspiraciones? Para saberlo escuchad esta bella y singular leyenda que producirá en vuestras almas un bien mayor que los más hermosos discursos.

Antes de que viniese Lutero á predicar su desastrosa reforma, veíanse monasterios en la faja de todas las montañas de Alemania. Eran grandes edificios de apacible aspecto, con un delicado campanario que se elevaba en medio de los bosques, y al rededor del cual revoloteaban las palomas. Allí vivían unos hombres que no ocupaban su espíritu más que en cosas del cielo.

En Olmutz habitaba uno de mucha fama en la comarca por su piedad y su instruccion. Era un hombre sencillo, como todos los que saben mucho, porque la ciencia se asemeja al mar, en que cuanto más se avanza más se ensancha el horizonte, y más pequeño se vé uno. Despues de haber encaneado y haberse quemado las cejas en busca de inútiles demostraciones, fray Alfús llamó en su auxilio *la fé de los pequeñitos*: y entregándose á la oracion como á un áncora de misericordias habiase dejado mecer dulcemente en la barquilla de los amores puros y de las celestes esperanzas.

Sin embargo, algunas ráfagas malignas agitaban todavía su santa barquilla. Momentos habia en que volvían las tentaciones de la inteligencia, y la razon interrogaba á la fé con orgullo. Entonces se ponía triste fray Alfús. Grandes nubarrones venían á ponerse delante de su sol interior; su corazón se sentía frio. Errante por los campos, sentábase sobre el musgo de las rocas, deteníase junto al espumoso salto de agua de los torrentes, caminaba por entre el susurrante follaje de los bosques, pero era inútil que interrogase á la naturaleza. Las montañas, los torrentes, los rios, todo respondía á sus preguntas con esta sola palabra: Dios.

Fray Alfús habia salido victorioso de muchas de estas crisis; cada vez se afirmaba más en sus creencias: porque la tentacion es el gimnasio de la conciencia; cuando no la destruye, la fortifica. Pero algun tiempo despues apoderóse del buen fraile una inquietud más punzante. Con frecuencia habia observado que todo lo que es bello pierde su encanto á fuerza de usarse; que el ojo se cansa del más hermoso paisaje; el oído, de la más dulce voz; y se habia preguntado cómo podríamos hallar ni aun en los cielos, un objeto de goce eterno ¡qué sería de la movilidad de nuestra alma en medio de maravillas sin término! ¡La eternidad!... ¡Qué palabra para él que no conocía otra ley que la diversidad y el cambio! ¡Oh, Dios mio! no más pasado ya sin porvenir, no más recuerdos ya ni más esperanzas; ¡La eternidad! ¡La eternidad!... ¡Oh palabra, que empleada en la tierra espantas, ¿qué puedes significar en el cielo?

Así reflexionaba fray Alfús, y sus incertidumbres eran grandes. Una mañana, antes de levantarse los demás frailes, salió del monasterio y descendió al valle. Humedecida aun por el rocío la campiña, abría-

se á los primeros rayos del alba. Seguía lentamente fray Alfús los humildes senderos de las colinas, las aves que acababan de despertar, corrían á los espinos, sacudiendo sobre su calva una lluvia de rocío; y algunas mariposas, adormecidas aun, revoloteaban perezosamente al amor del sol para secar sus alas. Detúvose fray Alfús á contemplar la campiña que se extendía bajo sus ojos, recordó cuan bella le habia parecido la primera vez que la habia visto, y con cuanta fruicion habia pensado acabar allí sus días. Para él, pobre hijo de las ciudades, acostumbrado á los callejones sombríos y á las tristes murallas, eran cosa nueva y embriagadora aquellas flores, aquellos árboles, aquel aire. Recordó asimismo el año placentero de su noviciado. ¡Cuán largas correrías por aquellos valles! ¡Qué felices descubrimientos! Arroyuelos que susurraban por entre los matorrales; desmontes habitados por el ruiseñor, rosas, zarzales, madroños, ¡oh! qué dicha el hallarlos por vez primera! ¡Qué alegría dá caminar por senderos desconocidos, ocultos entre las ramas, encontrar de nuevo á cada paso una fuente donde nadie ha bebido todavía, un musgo que no se ha hollado aun! Pero ¡ah! ¡qué poco duran estos placeres! Pronto se han recorrido todos los países del bosque; á todos los pájaros habeis oído ya; habeis cogido flores de todas clases, y entonces adios bellezas de la campiña con todas sus armonías: la costumbre que como un velo se coloca entre vosotros y la creacion os vuelve ciegos y sordos.

En semejante estado se hallaba fray Alfús. A semejanza de esos hombres que despues de haber abusado de los licores más embriagadores, ya no sienten su energia, miraba con indiferencia el espectáculo que poco antes era tan arrebatador para él. ¡Cuales pudieran ser pues, las bellezas celestes que llenasen eternamente aquel corazón que las obras de Dios en la tierra no habian logrado embelesar más que un instante?

Mientras se hacia á sí mismo esta pregunta, se habia engolfado fray Alfús en el valle. Inclinada la cabeza sobre el pecho, y pendientes los brazos, caminaba sin ver nada, vadeando los arroyos, y travesando bosques y colinas. Habia ya desaparecido de la vista el campanario del monasterio; Olmutz se habia hundido por entre las brumas con sus iglesias y sus fortalezas; las mismas montañas no aparecian ya más que cual nubes en el horizonte. De repente se detuvo el monje: hallábase á la entrada de un gran bosque que se dilataba hasta perderse de vista como un oceano de verdor; mil susurros encantadores se oían por el contorno, y una brisa perfumada suspiraba por entre las hojas. Despues de haber extendido su admirada vista por la suave oscuridad de los bosques entró en ellos Alfús como perplejo y cual si temiere ejecutar una accion prohibida. Pero á medida que andaba aumentaba la extension del bosque, encontraba los árboles cargados de flores que exhalaban un aroma desconocido; este aroma nada tenia de embriagador como los de la tierra, hubiérase dicho que era una emanacion moral que embalsamaba el alma: era algo corroborante y delicioso á la vez, como el ejemplo de una buena accion, como la presencia de un hombre con sagrado á quien se ama.

En seguida oyó Alfús una armonía que llenaba todo el bosque; continuó avanzando y percibió á lo lejos una llanura resplandeciente con una luz maravillosa. Lo que sobre todo le admiró fué, que el perfume, la melodía y la luz, no parecían constituir más que una sola cosa; todo se le comunicaba por una sola percepcion, como si hubiese cesado de tener sentidos diferentes, y como sino hubiese quedado de él más que el alma.

Sin embargo habia llegado cerca de aquella llanura y se habia sentado para gozar mejor de aquellas maravillas, cuando oyó de improviso una voz, pero una voz de cuya dulzura no podrian dar una idea el ruido de las ramas sobre el lago, ni el de la suave brisa al besar los sauces, ni el del aliento de un niño que duerme. El bello susurrar de las aguas de la tierra y de su cielo, lo seductor de la palabra del hombre y de sus cantos; todo parecia haberse reunido en aquella voz. No era un cántico, sino un manantial de melodía; no era la palabra y sin embargo la voz *hablaba!* Ciencia, poesia, saber, todo se hallaba en ella. Semejante á un soplo celeste, arrebatada el alma y la hacia ondular por no sé que ignorada region. Oyéndola se sabia todo, todo se sentía, y como el pensamiento que por completo abarca al mundo es infinito en sus secretos, así la voz siempre una, era siempre variada; hubiera podido oírse por muchos siglos sin hallarla jamás menos grata y menos nueva. Cuanto más la escuchaba Alfús, más crecia en él su alegría. Parecíale descubrir en ella á cada instante ciertos infalibles misterios; era como un horizonte de los Alpes en los momentos en que se levanta la niebla y vá descubriendo sucesivamente los lagos, los valles y los ventisqueros.

Más por último se oscureció la luz que iluminaba el bosque, un murmullo prolongado resonó bajo los árboles y cesó la voz. Alfús permaneció inmóvil por unos instantes, cual si hubiese salido de un sueño encantado. Miró estupefacto alrededor de sí y quiso levantarse para continuar su marcha; pero halló sus pies embotados y que sus miembros habian perdido su agilidad. Recorrió con trabajo el sendero por donde habia venido y llegó así hasta fuera del bosque.

Buscó entonces el camino del monasterio; creyendo haberle encontrado apresuró el paso porque se acercaba la noche, pero á medida que avanzaba, más en aumento iba su sorpresa: parecíale que todo se habia

transformado en aquel campo desde su salida del convento. Donde habia visto los árboles nacientes se encontraba con robles seculares; buscó sobre el rio un puentecito de madera tapizado de zarzales, que él acostumbra á atravesar, ya no existia, y en su lugar habia un sólido arco de piedra. Pasó junto á un estanque, y unas mujeres que ponian á secar la ropa sobre floridos saúcos, interrumpieron su operacion para verle, y se dijeron unas á otras: He aquí un anciano que lleva el hábito de los monjes de Olmutz; conocemos á todos ellos y sin embargo ¡jamás hemos visto á este.

—Estas mujeres han perdido el juicio, dijo fray Alfús, y pasó de largo.

No obstante, él empezaba á inquietarse cuando descubrió por entre el follaje el campanario del convento. Esforzó más el paso, trepó el sendero, dió vuelta á la pradera y se lanzó hácia la puerta. Pero, qué sorpresa. La puerta no estaba ya en el lugar de costumbre. Alzó fray Alfús los ojos y quedó inmóvil lleno de estupor. El monasterio de Olmutz habia cambiado de aspecto: su extension era mayor, y contaba mayor número de edificios; un plátano que él mismo habia plantado junto á la capilla pocos dias antes, cubria ya el santo asilo con su ancho follaje.

Fuera de sí el monje, dirigióse á la nueva entrada y llamó con suavidad. Halló que no era la misma campana cuyo sonido argentino conocia. Salió á abrirle un fraile jóven.

—Pues ¿qué ha sucedido? preguntó Alfús. ¿Ya no es Antonio el portero del convento?

—No conozco á Antonio, respondió el fraile.

Alfús llevó sus manos á la frente, y exclamó:—¿Me habré vuelto loco? ¿No está aquí el monasterio de Olmutz de donde sali esta mañana?

Miróle el jóven fraile y respondió.—Pues cinco años há que soy portero y no tengo el gusto de conoceros.

Alfús dió unos pasos á su rededor con ojos extraviados; varios monjes recorrian los claustros, y él los llamó, pero ninguno respondia á los nombres que pronunciaba; dirigióse á ellos para observar sus fisonomias y á ninguno conoció.

—¿Ocurre aquí, exclamó, algun gran milagro de Dios? En nombre del cielo hermanos míos, miradme. ¿Ninguno de vosotros me ha visto antes? ¿No hay nadie que conozca á fray Alfús?

Todos se miraron con extrañeza.

—¡Alfús! dijo por último el más viejo; si, hubo en otro tiempo un fraile de este nombre en Olmutz, segun oia contar á los ancianos. Era un hombre docto, meditabundo y muy aficionado á la soledad. Un dia bajó al valle, viósele desaparecer á lo lejos tras de los bosques, y en vano se le aguardó despues, porque jamás volvió á saberse lo que fué de fray Alfús. Desde entonces ha trascurrido ya todo un siglo.

A estas palabras dió Alfús un grito, pues acababa de comprenderlo todo. Dejose caer de rodillas en tierra, y exclamó juntando con fervor las manos:—¡Oh Dios mio! habeis querido demostrarme caan insensato fui al comparar con los del cielo los goces de la tierra. Acabo de estar un siglo oyendo vuestra voz y me ha parecido tan solo un dia; ahora concibo el paraíso y sus delicias eternas; bendito seais, ¡Dios mio! y perdona á vuestro indigno servidor.

Despues de haber dicho estas palabras, extendió fray Alfús los brazos, besó la tierra y murió.

Proger.

VARIEDADES.

OBRAS SON AMORES.

Las conferencias de S. Vicente de Paul de Cataluña han invertido en el socorro de sus pobres durante el año 1883, diez y siete mil seiscientos cincuenta duros. Además han sostenido las varias obras de caridad á que particularmente se dedican algunas de ellas, tales como escuelas gratuitas, patronatos de niños, bibliotecas para los pobres, cocinas económicas, vestuarios, alimentos á estudiantes necesitados, visitas de encarcelados, etc. etc.

Conviene al mismo tiempo tener en cuenta que el número de socios activos que se han ocupado en estas obras no pasa en su totalidad de 989. Es decir una cantidad insignificante comparada con la gran poblacion de Cataluña.

En vista de esto se nos ocurre una idea. Si los miles de *trompeteros* que en aquel pais como en todos se dedican á *hacer la felicidad del pueblo*, predicando mentiras á destajo, se dedicaran á hacer lo que sin ruido vienen haciendo ese puñado de católicos ¿habría tanta mano negra en el mundo?

Creemos que no.

No podría haberla.

Porque donde hay amor y caridad, todas las manos se hacen blancas como las de los ángeles.

Aquí nos viene á la memoria el recuerdo de uno que murió en Anger hace algun tiempo. Era una hermanita de la congregacion llamada de S. Francisco.

—Hija mia, le dijo un dia la superiora: á dos leguas de aquí hay un moribundo, al que nadie quiere cuidar porque su enfermedad es horrible: ¿quereis ir?

—Sí, por cierto, madre mia.

—Pero ese moribundo es repugnante. Su cara es una llaga; su enfermedad es contagiosa. El médico dice que el que le [cuides se expone mucho. Sin embargo, es preciso que vayais alguna.

—Madre mia, estoy pronta.

—Id, hija mia, y que Dios os proteja.

Y en efecto, la hermana fué á asistir al enfermo, adquirió la enfermedad y á los ocho dias murió.

Cuando los enemigos del catolicismo presenten ejemplos como este y como otros mil y mil que cada dia está ofreciendo [en el fondo de los hospitales, asilos, misiones, campos de batalla, etc.] etc., entonces podremos creer en ese amor al pueblo de que tanto hacen alarde. Pero mientras todo se les vaya en predicar rebeliones contra la autoridad, y guerra contra esa misma religion que tales ángeles produce, solo creeremos que tratan de hacer su negocio á costa del mismo pueblo.

SIEMPRE LO MISMO.

El periódico impio "La Lucha Obrera" que se publica en la Coruña, ha sido denunciado por ataques á la religion y á sus ministros.

—Pero Señor, ¿qué le habrán hecho la religion y sus ministros á los redactores de "La Lucha Obrera?"

—Pues nada. Lo que le hace el pastor al lobo: estorbo para devorar al cordero.

¡Pobre pueblo!

DEL «CORREO DE CANADÁ.»

«El R. P. Bonald, celoso misionero del Noroeste, evangeliza actualmente una tribu de Cris (Canadá.) El estado de la mision es floreciente y las victorias de los misioneros son maravillosas. El verano último, en una visita hecha al fuerte Nelson, convirtió á todos los infieles de aquella comarca.»

Hé aquí las obras de los llamados oscurantistas. Civilizar á sus hermanos enseñándoles el Evangelio.

Lo contrario de lo que hacen los que los calumnian.

MÁXIMAS Y CONSEJOS

Halaga á tu hijo, y te causará espanto: juega con él y te contristarás.

No te rías con él, no sea que te pese, y á la postre tus dientes sientan la dentera.

No le des libertad en la juventud, y no desprecies sus pensamientos.

Dóblale la cerviz en la juventud, y golpéale los costados mientras que es niño, no sea que se endurezca, y no te crea, y cause dolor á tu alma.

Enseña á tu hijo, y trabaja con él, porque no tropieces en su afrenta.

(De La Santa Biblia.)

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN DIRECTA.

	Peninsula.	América.
Una accion.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2	2 50
Un cuarto id.	1	1 25
Un octavo id.	50 cénts.	"

Por medio de correspondencia 25 cénts. de peseta más por accion. Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo; y en todas las librerías católicas de la Peninsula y Ultramar.

Imprenta de Cornelio Payá, calle Mayor, 37.